

Un triste epílogo bajo las balas: la Residencia durante la guerra

Álvaro Ribagorda

Resumen: La Guerra Civil acabó con el proyecto cultural y de renovación universitaria de la Residencia de Estudiantes, sus miembros vivieron en estos años situaciones dramáticas, y Alberto Jiménez Fraud tuvo que huir a Cambridge y Oxford, donde intentó rehacer su vida. Los locales de la Residencia se utilizaron como colegio de niños huérfanos y cuartel de guardias de asalto y finalmente se convirtieron en hospital de guerra, donde el científico de la Residencia Luis Calandre intentó conservar una parte de su espíritu hasta que la dictadura de Franco arrasó con todo.

Palabras clave: Residencia de Estudiantes, Guerra Civil, Hospital de Carabineros, colegio universitario, Luis Calandre, guardias de asalto, Alberto Jiménez Fraud, JAE.

Abstract: The Spanish Civil War finished with the 'Residencia de Estudiantes' as a cultural center and an university college, the people from the 'Residencia' had to live dramatic situations in these years, and Alberto Jiménez Fraud had to flee to Cambridge and Oxford where he tried to begin again his life. Buildings of the 'Residencia' were an orphan children school and a soldiers' quarter, and at the end, 'Residencia de Estudiantes' was a war hospital where the scientific Luis Calandre tried to keep a part of its spirit until everything was destroyed by Franco's dictatorship.

Key words: Residencia de Estudiantes, Spanish Civil War, college, Soldiers' Hospital, Luis Calandre, Alberto Jiménez Fraud, JAE.

1. Escuela de niños huérfanos y refugio de intelectuales

Como cada verano, al acabar el curso en 1936 la mayor parte de los estudiantes regresaron a sus lugares de origen a pasar las vacaciones, y en las habitaciones de la calle Pinar se encontraban los profesores extranjeros que cada año asistían a los Cursos de Vacaciones del Centro de Estudios Históricos. Junto al director y estos «residentes golondrina», se encontraban también en la Residencia de Estudiantes su mujer y su hija, el subdirector, Paulino Suárez y los tutores José Moreno Villa, Ángel Llorca y Ricardo de Orueta, así como el personal doméstico.¹

¹ La Residencia de Estudiantes ha sido el principal asunto de mis investigaciones durante los últimos diez años y el objeto de mi tesis doctoral *La Residencia de Estudiantes. Pedagogía, cultura y proyecto social (1910-1939)*, defendida en la Universidad Complutense de Madrid en junio de 2010. Por ello, hace algún tiempo dediqué ya otro artículo —«El drama de los liberales. La Residencia de Estudiantes durante la guerra civil», *Claves de razón práctica*, 160 (marzo de 2006): 58-65— al estudio de la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas durante la guerra civil y el conflicto sociológico e ideológico que supuso para los intelectuales afines a ambas. De esta forma, en el presente artículo he preferido extenderme más en lo referido a los avatares de los propios locales de la Residencia de Estudiantes y sus protagonistas.

Mientras esperaban el desenlace de los acontecimientos y se comenzaba a evacuar a los profesores extranjeros ante el temor de que la Residencia fuese asaltada, en los primeros días de la guerra Alberto Jiménez Fraud pidió protección diplomática, y pronto se izaron las banderas de Estados Unidos y Gran Bretaña en el tercer pabellón, ya que la mayor parte de los residentes de aquel verano eran anglosajones, mientras un grupo de incontrolados entraba en la casa de Adolfo Posada, que estaba entonces al frente de la Institución Libre de Enseñanza, y quemaba y saqueaba parcialmente la biblioteca y el archivo de este.²

Los profesores de los Cursos de Vacaciones fueron evacuados a través de Valencia y Alicante, y con un grupo de ellos salió de España también la hija de Jiménez Fraud, Natalia Stucley (mencionada en algunas obras como Natalia Jiménez Cossío). Para evitar la incautación de sus edificios, se instalaron en la Residencia varias decenas de niños huérfanos que formaban una de las colonias infantiles organizadas cada año por el Ministerio de Instrucción Pública. En la puerta se colgaron grandes carteles anunciando su presencia allí, y Ricardo de Orueta consiguió que varios milicianos de Izquierda Republicana montasen guardia a la entrada durante un mes.³

Los niños estaban llenos de piojos y tuvieron que repararlos a todos. Con ellos mandaron también para que los cuidaran a unos supuestos «maestros», que por las mañanas llevaban a los niños a contemplar el dantesco espectáculo de los fusilados, y Alberto Jiménez Fraud hizo rápidamente gestiones para que se los llevaran, quedando los niños directamente a su cargo.⁴

Al mismo tiempo que la Residencia daba refugio a los niños de la colonia infantil, aprovechando la hospitalidad de Alberto Jiménez Fraud y la cobertura diplomática, varios intelectuales, como Ortega y Gasset, Menéndez-Pidal, Ramón Prieto Bances, Patricio de Azcárate o Dámaso Alonso, y algunas de sus familias se refugiaron en la Residencia durante las primeras semanas de la guerra, temiendo ser asesinados.⁵⁻⁶

El entonces secretario de la JAE, Prieto Bances, que había sido ministro de Instrucción Pública en el Gobierno de Lerroux, estaba amenazado de muerte. Un día,

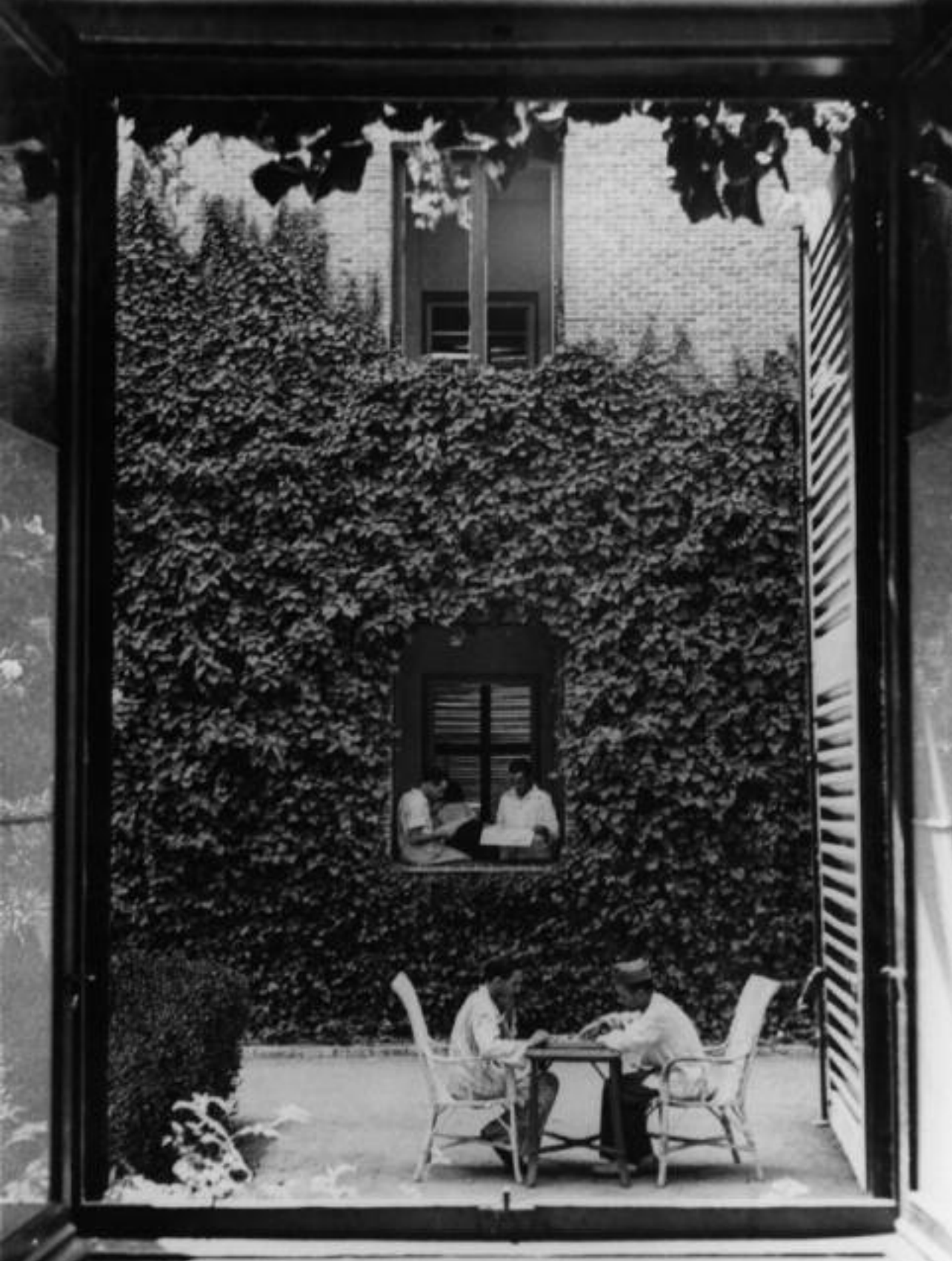
² Antonio Jiménez-Landi Martínez (1996): *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, vol. 4. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, Universidad Complutense de Madrid, Universitat de Barcelona, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 397-399.

³ Francisco Donato: «Informe de los hechos ocurridos en la Residencia, actuación del personal y estado actual de la misma, 14 de junio de 1939». AGA (Archivo General de la Administración), Ministerio de Instrucción Pública, legajo 582.

⁴ Entrevista del autor a Natalia Stucley (10 de marzo de 2008).

⁵ Francisco Donato: «Informe...», o. cit., AGA.

⁶ Javier Zamora Bonilla (2002): *Ortega y Gasset*. Barcelona: Plaza y Janés, p. 411; Miguel Ortega (1983): *Ortega y Gasset, mi padre. Una visión íntima y emocionada del primer filósofo español*. Barcelona: Planeta, p. 130.



Hospital de Carabineros instalado en la Residencia de Estudiantes durante la Guerra Civil. Convalecientes jugando a las damas en el jardín entre los edificios gemelos, Madrid, abril 1937-marzo 1939 (Residencia de Estudiantes, Madrid).

según contaba Moreno Villa, se presentó allí un grupo de milicianos para llevárselo, y Natalia Cossío distrajo a los milicianos mientras le ayudaban a huir saliendo por otro lado.⁷ Según contaba Soledad Ortega, Menéndez-Pidal vio llegar ese día a los milicianos y permaneció escondido en el jardín de la Residencia; después huyó con Prieto Bances y Marañón camino de Francia.⁸

Por su parte, Ortega se encontraba enfermo de cierta gravedad, estaba amarillo y con fiebre, pero sobre todo muy asustado: «parecía un esqueleto» —recordaba Moreno Villa— y no quería hablar de nada de lo que estaba sucediendo.⁹

Tras una visita de algunos miembros de la Alianza de Escritores Antifascistas, Ortega accedió a firmar un tibio manifiesto a favor de la República, del que se desdeciría después a conciencia. Su nombre apareció en el diario socialista *Claridad* acusado de ser el filósofo precursor del fascismo en España, y el 31 de agosto, pese a la gravedad de su septicemia fue con su mujer y sus hijos hasta la estación de Atocha, donde tomó un tren a Alicante, para abandonar España junto a Rivas Cheriff en un barco, rumbo a Marsella.¹⁰

Al contrario que tantos intelectuales que hicieron lo posible para ponerse a salvo fuera de España, cuando se produjo el levantamiento militar José Castillejo estaba en Suiza, pero regresó a Madrid, porque consideraba que era su deber estar allí.

Muy crítico con algunas actuaciones de la República en los últimos años, el nombre de Castillejo se publicó también en la lista de «desafectos» del periódico *Claridad*, lo que equivalía prácticamente a una sentencia de muerte.¹¹ En la Residencia se rumoreaba que pronto le iban a «dar el paseo» a Castillejo, y Paulino Suárez le llamó para avisarle. Sin tiempo de escapar, fueron a buscarle a su casa cuatro milicianos. Por intercesión de su cuñado Juan López Suárez, no le asesinaron allí mismo, pero los condujeron a los dos a la secretaría de la JAE. Los milicianos le exigieron las llaves de los armarios en los que estaba la documentación. En ese momento se presentó allí el mi-

⁷ Entrevista del autor a Natalia Stucley; José Moreno Villa (1976): *Vida en claro. Autobiografía*. Madrid: FCE, pp. 220-222 (1.ª ed., México, 1944).

⁸ Soledad Ortega (ed.) (1983): *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida 1883-1955, precedido de un relato de Soledad Ortega*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, Fundación Ortega y Gasset, pp. 46-50; Luis de Llera (1996): «Los últimos días de la Residencia de Estudiantes», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, XI (32): 59-69.

⁹ José Moreno Villa (1976): *Vida en claro...*, o. cit., pp. 220-222.

¹⁰ Soledad Ortega (ed.) (1983): *José Ortega y Gasset*, o. cit., pp. 46-50; Miguel Ortega (1983): *Ortega y Gasset, mi padre...*, o. cit., pp. 129-132; Andrés Trapiello (1994): *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Planeta, pp. 69-74; «Carta de José Ortega y Gasset a Victoria Ocampo, 24 de octubre de 1936», Archivo José Ortega y Gasset, Fundación Ortega y Gasset, Correspondencia.

¹¹ Véanse Irene Claremont (1995): *Respaldada por el viento*. Madrid: Castalia, pp. 112-118; Antonio Jiménez-Landi (1996): *La Institución...*, o. cit., vol. 4, pp. 397-399.

nistro Francisco Barnés, acompañado de Paulino Suárez y un grupo de hombres que discutieron con los milicianos y decidieron que Castillejo no tenía autoridad para ello, y que eso debía discutirse en el ministerio. Al día siguiente los locales de la JAE pasaron a manos de un comité revolucionario, y gracias a esto su archivo pudo salvarse.¹²

Mientras se producía la precipitada huída de Castillejo, según recordaba Moreno Villa, en la Residencia se produjo un cambio en la actitud de algunos miembros del personal doméstico: «unas cuantas mujeres aleccionan a las demás y comienzan a mirarnos como a burgueses dignos de ser arrastrados. Un escribiente de la oficina se enfrenta con la Dirección y pide que se le entregue el dinero».¹³

Alberto Jiménez Fraud era consciente de lo que había sucedido con los archivos de la JAE, e iba percibiendo las miradas de soslayo, presas de la demagogia de quienes empezaban a verle como un burgués o un fascista, y pensó que cualquiera de los que se había relacionado con la Residencia en los años anteriores corría el riesgo de ser asesinado simplemente por eso. Él tenía entonces en su mano los documentos que probaban estas relaciones, que eran los testimonios de la historia de la Residencia y los recuerdos de toda su vida. En aquel Madrid no había sitio para una institución como la Residencia, y mucho menos cabría esperar de los militares sublevados, que se repartían su presa antes de abatirla. Alberto Jiménez Fraud era consciente de la importancia de esos documentos y del peligro que podían suponer para las vidas de muchas personas, y en pleno mes de agosto pasó horas enteras junto a la caldera de su casa quemándolo prácticamente todo.¹⁴ Debió ser un sacrificio terrible, pero probablemente pensó que era el precio que había que pagar.

Las cuentas bancarias en las que se guardaba el dinero de todas las residencias estaban a nombre de Alberto Jiménez Fraud, como presidente de ellas, y —según me contó su hija Natalia Stucley— la salida de sus padres de la Residencia se produjo de forma un tanto precipitada, debido a las visitas de un grupo de milicianos que se presentaron allí para que don Alberto les autorizase a retirar el dinero de aquellas cuen-

¹² *Ibidem*, vol. 4, pp. 397-399; Irene Claremont (1995): *Respaldada por el viento*, o. cit., pp. 112-118.

¹³ José Moreno Villa (1976): *Vida en claro...*, o. cit., p. 211. El escribiente era Miguel Torres, según narra Francisco Donato: «Informe de los hechos...», o. cit. En septiembre de 2008, unos días antes de morir, Natalia Stucley —que conocía mi trabajo— me llamó porque le urgía recalcarle —entre otras cosas— que todos los miembros del servicio y la administración de la Residencia se portaron siempre con ellos de forma ejemplar. Nada invita, sin embargo, a desconfiar del testimonio de Moreno Villa, ya que los hechos apuntados por él se produjeron días después de que Natalia dejase la Residencia. Quede aquí también, no obstante, su testimonio.

¹⁴ Véanse David Castillejo (ed.) (1999): *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo*. Madrid: Castalia, vol. 2, p. 688; Agustín Sánchez Vidal (1988): *Buñuel, Lorca, Dalí: El enigma sin fin*. Barcelona: Planeta, p. 40; entrevista del autor a Natalia Stucley.

tas. El director de la Residencia pudo disuadirlos en un par de ocasiones, evitando el saqueo, pero, comprendiendo el riesgo que suponía aquella situación en los primeros días de septiembre de 1936, él y su mujer abandonaron para siempre la Residencia de Estudiantes.

Unos días después llegaron al puerto de Alicante, donde el día 14 salieron en barco rumbo a Marsella.¹⁵ En París pasaron una temporada alojados en el Colegio de España, donde su director, Ángel Establier, acogió a cuantos exiliados llegaron, entre ellos Severo Ochoa, Pío del Río Hortega, Blas Cabrera y también Pío Baroja.¹⁶ Al cabo de unas semanas, Alberto Jiménez Fraud y su familia salieron hacia Cambridge, donde el antiguo colaborador de la Residencia John B. Trend le ofreció impartir unas conferencias. En agosto de 1937 Jiménez Fraud tuvo la tentación de regresar a Valencia para presentarse ante el Ministerio de Instrucción Pública, pero Trend le desanimó, y finalmente recaló en Oxford, donde pasaría prácticamente el resto de su vida.¹⁷

Visto con perspectiva, el éxito de la Residencia de Estudiantes como colegio universitario y centro cultural de avanzada fue rotundo.¹⁸ Sin embargo, pese al apoyo entusiasta de sus colaboradores, y los nuevos medios brindados por la República, Alberto Jiménez Fraud consideraba que cuando estalló la guerra civil ellos estaban aún a medio camino del propósito que se habían marcado de formar una minoría ilustrada que pudiese extender su influencia en la vida pública española para transformar el país.¹⁹

2. Cuartel de guardias de asalto

Poco después de que se descubriese la marcha de Alberto Jiménez Fraud, su casa fue ocupada por el Museo de Ciencias Naturales, que instaló allí los laboratorios dirigidos por Antonio Zulueta, y dos de los campos de tenis fueron ocupados también por dichos laboratorios; se instaló en ellos un gran depósito de agua. El resto de los campos de deporte fueron utilizados como almacén de chatarra del servicio de recuperación de materiales del ejército.²⁰

¹⁵ Francisco Donato: «Informe de los hechos...», o. cit.; Véanse David Castillejo (ed.) (1999): *Los intelectuales...*, ob. cit., vol. 3, p. 688; entrevista del autor a Natalia Stucley; Alberto Jiménez Fraud (1989): *Residentes: semblanzas y recuerdos*. Madrid: Alianza.

¹⁶ Alberto Jiménez Fraud (1989): *Residentes...*, o. cit., pp. 33-34.

¹⁷ «King's College Academic and Tutorial Records, 1937», KCA (Kings College Archives); «Carta de J. B. Trend a E. J. Dent, Amsterdam 23 de agosto de 1937», Edward Joseph Dent Paper's, KCA.

¹⁸ Al estudio de los centros neurálgicos que contribuyeron decisivamente al desarrollo de la modernidad cultural en España —y entre ellos la propia Residencia— he dedicado recientemente mi libro (2009): *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)*. Madrid: Biblioteca Nueva, Fundación Ortega y Gasset.

¹⁹ Alberto Jiménez Fraud (1961): «The 'Residencia de Estudiantes', *The Texas Quarterly*, 4 (1), pp. 48-54.

²⁰ Francisco Donato: «Informe de los hechos...», o. cit.

Según contaba en su informe el antiguo secretario Francisco Donato, al descubrirse la marcha del director, en la Residencia se creó un comité revolucionario de empleados, encabezado por el antiguo mecanógrafo Miguel Torres, con el que las mujeres del personal de servicio hicieron causa común. Dicho comité, pese a la presencia allí del subdirector, Paulino Suárez, tomó el mando de la Residencia, intervino la cuenta de esta en el Banco de España y procedió a una depuración del personal.²¹

A finales de septiembre de 1936, en la Residencia de Estudiantes apenas quedaban ya unos cuantos residentes y una parte del personal de servicio, y la situación era cada vez más insostenible. Las noches eran penosas, y el anciano pedagogo Ángel Llorca, el joven jurista Manuel García-Pelayo y el poeta José Moreno Villa se reunían para escuchar las tristes noticias del frente y los terribles rumores de la capital. Según recordaba el poeta malagueño:

[...] todas las noches oíamos descargas de fusilamientos en las cercanías, y cuando nos levantábamos oíamos contar a las criadas cómo eran las víctimas de los famosos «paseos». «El de hoy era un señorito fascista, tenía zapatos de charol» [...]. Se fijaban mucho en el calzado y en las manos.²²

La escuela infantil de la Residencia de Estudiantes solo duró dos o tres meses; durante el mes de septiembre ocupó buena parte de los locales de la calle Pinar una unidad de milicias conocida como «la motorizada».²³ Después los locales de la Residencia fueron ocupados por varias compañías de guardias de asalto, que, a pesar de los esfuerzos del administrador, Emilio Lizcano, hicieron graves destrozos en ella.²⁴

También el resto de residentes fueron desapareciendo, y en octubre ya solo quedaban en la Residencia cuatro civiles, con las sirvientas y los guardias de asalto. Moreno Villa escribía en sus memorias que los alimentos escaseaban a veces, y él iba por las tascas buscando comida y cigarrillos de vendedoras clandestinas. «Las sirvientas, a pesar del cambiazo, nos preguntaban si las cosas iban bien y cuánto durarían. Yo las reconfortaba diciéndoles que unas semanas más», contaba.²⁵

Siendo aún la Residencia cuartel de guardias de asalto, Moreno Villa vivió los últimos días de noviembre de 1936 de forma agónica. El Gobierno de la República se había trasladado a Valencia, dando la capital por perdida, y el núcleo central de lo

²¹ *Ibíd.*

²² José Moreno Villa (1976): *Vida en claro...*, o. cit., pp. 212-213.

²³ Francisco Donato: «Informe de los hechos...», o. cit.

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ José Moreno Villa (1976): *Vida en claro...*, o. cit., pp. 213-214.

que quedaba de la JAE se instaló también en Valencia, donde se puso en marcha la Casa de la Cultura. Encerrado en la Residencia, en aquella inactividad agónica, «mi musa se me apareció vestida de miliciana», contaba Moreno Villa, que recuperó de nuevo la inspiración y escribió varios romances de guerra —tal vez los últimos versos escritos en la Residencia—, como espectador que contempla la destrucción de su mundo.

El 28 de noviembre de 1936 Moreno Villa leyó que el Ministerio de Instrucción Pública estaba sacando de Madrid a los intelectuales y habló con los responsables de la JAE, Tomás Navarro Tomás y Manuel Sánchez-Arcas, que sorprendidos de que permaneciese aún en Madrid, le dijeron que saldría a la mañana siguiente. Moreno Villa tenía en la Residencia un sin fin de cuadros, libros..., la obra de toda una vida. «Pasé la noche intranquilo —recordaba— [...]. ¿Qué cosas me llevaría conmigo? Todas eran preciosas para mí. “No sacaré nada; puede que dentro de unos días volvamos todos”, pensé para engañarme».²⁶ Moreno Villa fue evacuado, así, junto con los antiguos residentes José Miguel Sacristán, Miguel Prados y Pío del Río Horteiga.²⁷ El histólogo valisoletano había salido de Madrid en septiembre con una autorización expresa para asistir a un congreso en Bruselas; se refugió después en el Colegio de España, en París, y, ante el requerimiento del Gobierno, regresó el 3 de noviembre a Madrid, donde preparó el traslado íntegro de su laboratorio de la Residencia, que fue empacutado en un furgón blindado y enviado a Valencia en noviembre para que continuase funcionando en la Casa de la Cultura.²⁸

El caso de Pío del Río Horteiga fue realmente excepcional, puesto que se le autorizó a trasladarse a París para continuar allí colaborando en la preparación del *Atlas diagnóstico de los tumores* y obtuvo además de la Junta la consideración de pensionado, que le permitía cobrar también su sueldo como director del Laboratorio de Histología Normal y Patológica. A finales de 1937, la JAE autorizó a don Pío para proseguir sus investigaciones en Londres, y después en Oxford, donde coincidiría con Jiménez Fraud y Severo Ochoa y sería nombrado doctor honoris causa.²⁹

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibidem*., p. 222-223; «La República salva de la barbarie fascista a los intelectuales», *ABC. Diario republicano de izquierda* (25.11.1936), p. 7.

²⁸ Juan del Río-Horteiga Bereciartu (ed.) (1993): *Pío del Río-Horteiga: Epistolario y otros documentos inéditos. Primera parte (1902-1930)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 139-140.

²⁹ La excepcionalidad de la consideración de pensionado de Pío del Río Horteiga ha sido puesta de manifiesto por Cristina Calandre (2009): «Mantenimiento de la política de pensiones de la JAE durante la Guerra Civil: el caso del doctor Pío del Río Horteiga», en *Lo que somos* (www.loquesomos.org/lacalle/memoria/Mantenimientodelapolitica.htm); y también había sido señalada anteriormente por Juan del Río-Horteiga Bereciartu (ed.) (1993): *Pío del Río-Horteiga...*, o. cit., pp. 140-151. Los detalles del exilio de Pío del Río Horteiga han sido abordados en mi artículo (2009) «Los frutos perdidos: los intelectuales de la Residencia de Estudiantes en el exilio», *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, 185 (735): 13-28.

Las atenciones de la Junta con Pío del Río Horta, al que —en plena guerra— remitieron incluso un microscopio y algunas preparaciones que solicitó, ponen de manifiesto la extraordinaria consideración científica que el histólogo vallisoletano había alcanzado y la sensibilidad de los dirigentes de la JAE para mantener en los círculos científicos internacionales un pequeño resquicio de la presencia española, representada por uno de sus miembros más destacados.

3. Luis Calandre y el Hospital de Carabineros de la Residencia (1937-1939)

El cuartel de guardias de asalto establecido en la Residencia se mantuvo hasta marzo de 1937, cuando se decidió dar un nuevo uso a los edificios; los guardias se llevaron en su traslado parte del mobiliario.

Durante ese tiempo, los laboratorios de la Residencia sufrieron un gran deterioro. Algunas dependencias del Auditorium se convirtieron en un economato para los carabineros, y en las antiguas aulas se instalaron almacenes de víveres, frutería, etc. El proyector de cine sonoro de la Residencia fue incautado por la Sección de Propaganda y Prensa del Ministerio de Estado. La biblioteca fue el espacio que corrió mejor suerte: gracias a la intervención de Emilio Lizcano fue sellada al inicio de la guerra, y durante los tres años se evitó su incautación y no se perdió ninguno de sus libros.

A propuesta del doctor Fanjul, el antiguo médico de la Residencia, Luis Calandre, había sido nombrado en enero de 1937 director del Hospital de Carabineros de Madrid, situado en la calle Joaquín Costa y dedicado fundamentalmente a la cirugía de heridos de guerra. El Hospital de Carabineros estuvo encargado de atender a la recuperación de los enfermos de paludismo provenientes de la batalla del Jarama, y los locales de Joaquín Costa se quedaron pequeños rápidamente, por lo que Calandre solicitó al Ministerio de Instrucción Pública que cediese al Ministerio de Hacienda, dirigido entonces por Negrín, los locales de la Residencia de Estudiantes, debido a la tranquilidad de sus instalaciones y para que de esta forma se pudiese —en palabras de Calandre— «conservar y sostener en cierto modo el sentido tradicional de esta Residencia de Estudiantes [...]. A nada mejor podría ser destinada la Residencia que a servir para proporcionar remedio o alivio a algunos de los muchos dolores y penalidades que trae la guerra».³⁰

En Valencia debió existir cierta descoordinación en el Gobierno: el ministerio nombró a Luis Tapia Bolívar en abril de 1937 responsable de la Residencia de Estudiantes,³¹ cargo que nunca ocupó, pues desde el mes anterior esta había quedado en manos de

³⁰ Citado en Cristina Calandre (2008): *El doctor Luis Calandre Ibáñez. De la Junta para Ampliación de Estudios al exilio interior*. Guadalajara: Silente.

³¹ Francisco Donato: «Informe de los hechos...», o. cit.

Luis Calandre. El antiguo médico de la Residencia la transformó en una subse de del Hospital de Carabineros, y ese fue el destino de sus locales hasta el final de la guerra.

Para alojar y atender a los enfermos hubo que hacer algunas pequeñas obras de adaptación: se construyó una cámara de desinfección, se hizo un *office* en cada edificio, se llevó el agua corriente a las habitaciones que no disponían de ella, etc. Muchas de las intervenciones promovidas por Calandre se destinaron también a recuperar y embellecer el aspecto general de la Residencia: se sanearon algunos elementos dañados, se trajeron camas y mobiliario diverso y se adornó el jardín con varias esculturas y fuentes traídas del palacio de los duques de Medinaceli, que proporcionaban un aspecto más amable a la Residencia, aunque un tanto alejado de su idiosincrasia.

Cristina Calandre ha señalado la presencia en el Hospital de Carabineros de la Residencia de un antiguo discípulo de Luis Calandre, el doctor Gavilanes, así como de los médicos De la Peña, Sandoval y Camp. Entre las enfermeras se encontraba también un grupo de chicas del Instituto-Escuela, como Pilar Moreno, Inocencia Rodríguez Mellado, las hermanas Somolinos, las hermanas Vega, Julia Calandre y la hija del conocido naturalista Augusto González de Linares, Mercedes.³²

«Éramos apenas unas niñas con 17 años y ninguna profesional», contaba Inocencia Rodríguez Mellado.³³ Por su parte, Mercedes González de Linares, que conocía bien la Residencia, decía que:

El interior del edificio se había transformado: lo que antes fueron cuartos alegres de estudiantes lo eran entonces de jóvenes que la guerra había transformado en soldados enfermos.

Pero el jardín seguía como siempre. Los avatares de la guerra no lo habían transformado, porque allí seguía Marcelino, con su manguera, sus grandes tijeras, su delantal y su bondadosa humanidad.³⁴

Puesto a punto ya el Hospital de Carabineros de la Residencia, los enfermos comenzaron a llegar en julio de 1937. El tratamiento proporcionado por Calandre y sus colaboradores a los enfermos de paludismo —a base de quinina, antebriña y plasmolina durante quince días— obtuvo unos excelentes resultados; se trató allí a casi mil quinientos hombres cada año.³⁵

³² Cristina Calandre (2008): *El doctor Luis Calandre Ibáñez*, o. cit.

³³ Rafael Fraguas (2007): «Un refugio bajo los chopos», *El País*, 9.8.2007.

³⁴ Mercedes González de Linares (1957): «Anécdotas de un hospital de guerra. Marcelino», *Mujeres en la Isla*, 2.ª época, 30: 14.

³⁵ El folleto *Hospital de Madrid. Servicios realizados durante el año* (Madrid, Servicios Sanitarios de Carabineros, 1938, p. 5, ALC, CCC [Archivo Luis Calandre, Colección Cristina Calandre]) presentaba las estadísticas



Hospital de Carabineros instalado en la Residencia de Estudiantes durante la Guerra Civil. Automóvil, al fondo el pabellón Transatlántico, abril 1937-marzo 1939. (Residencia de Estudiantes, Madrid).

Durante la guerra, Luis Calandre estuvo en contacto con Alberto Jiménez Fraud, al que remitió a través del periodista De Caux algunas fotografías del Hospital de Carabineros de la Residencia, entre las que a don Alberto y a su mujer les gustó especialmente una de Marcelino «regando el jardín como si nada hubiese pasado»; Calandre incluso les hizo llegar también algo de la miel que se recogía en las colmenas de los jardines de la Residencia.³⁶

Los antiguos residentes Pepín Bello y José Antonio Rubio Sacristán, que estaban en Madrid, quisieron visitar un día la Residencia. Bello —según él mismo me contaba— llamó a Emilio Lizcano, que se mantuvo como administrador de la casa, para consultarle si podían visitarla: «Oiga Lizcano, estoy aquí con el señor Rubio Sacristán y queremos ir a ver la Residencia». «Ah, pues, hombre, qué alegría verlos a ustedes», respondió Lizcano. «Pero ¿no nos encontraremos al señor Calandre?» «No, no, por la tarde no viene.» Ideológicamente bastante más conservador que Calandre, Pepín Bello prefería evitar la presencia del antiguo médico de la casa, y, sin embargo, «nada más llegar —me relataba Pepín Bello— nos encontramos al doctor Calandre. Una violencia... Nosotros estábamos totalmente en contra de él».³⁷

El doctor Calandre les insistió en que se fijaran en el esfuerzo que había hecho para que la Residencia no oliera a hospital. Lizcano se alegró mucho de verlos. Pepín Bello y Rubio Sacristán solo pudieron ver el despacho de don Alberto, el comedor y el salón, porque en el resto de las dependencias estaban los heridos. La Residencia de Estudiantes no olía a hospital, pero aquella ya no era su Residencia.

4. Los últimos rescoldos culturales de la Residencia

A pesar de la impresión de Pepín Bello y de los limitados medios con los que Calandre contó, el cardiólogo se esforzó porque en aquel hospital se mantuviese viva una parte del espíritu de la antigua Residencia que tan bien había conocido desde los primeros años de Fortuny. Mercedes González de Linares contaba, así, como

[...] aparte de las actividades propias de un hospital, don Luis puso en marcha una forma en el trato, una serie de actividades que tenían como finalidad el que los enfermos, en sus estancias en el hospital, cultivasen su espíritu, disfrutasen de concesiones en el polo opuesto a las de la guerra. Organizó un coro compuesto

del Hospital de Carabineros —incluidas las secciones de Joaquín Costa y la calle Pinar— y hablaba de 5877 enfermos ingresados durante el año anterior, en 314 camas, con una mortalidad del 0,51 %.

³⁶ «Carta de De Caux a Luis Calandre, 13 de noviembre de 1937», ALC, CCC.

³⁷ Entrevista personal a Pepín Bello, 11 de junio de 2003.

por los enfermos y enfermeras, y ensayábamos canciones populares para celebrar las siguientes Navidades.³⁸

Las enfermeras se ocuparon también de enseñar a leer y escribir a algunos de los pacientes aprovechando la tranquilidad de su convalecencia, se hacían lecturas públicas y reuniones de los enfermos para comentar las lecturas, y el propio Calandre promovió la organización de algunas conferencias sobre temas médicos y científicos que constituyeron un vago pero encomiable eco de lo que había sido siempre la cátedra de la Residencia.

Algunas de las conferencias médicas, junto con otros artículos similares —en total más de una veintena— firmados por varios oficiales del cuerpo médico, fueron reunidos en diversos volúmenes como publicaciones del Hospital de Madrid, con el pie de los Servicios Sanitarios de Carabineros.

Mientras tanto, el Auditorium de la Residencia continuó acogiendo en esos años algunas actividades culturales —evidentemente politizadas—, como representaciones teatrales, conciertos, proyecciones cinematográficas o cursos de la Universidad Popular, casi todas ellas organizadas por la FUE.

Durante aquellos años Luis Calandre estuvo también en contacto con Juan Ramón Jiménez, al que le describía el aspecto relativamente alegre de la Residencia, los problemas que los bombardeos acarrearán para él y el esmero con el que Marcelino cuidaba los jardines:

Mi querido amigo:

[...] Su Colina de los chopos sigue bien cuidada por el viejo jardinero Marcelino, es un remanso de sosiego y de paz donde los enfermos hallan un gran bienestar. Con lamentable frecuencia, los obuses alteran esta tranquilidad. Uno ha penetrado en la habitación que ocupaba Orueta y ha destrozado sus valiosas colecciones de arte [...]; otro ha caído al canalillo, otro en el campo de tenis. El hospital sigue funcionando serenamente [...]. ¿Cuándo se cansarán de atacarnos los que ninguna ofensa tienen que vengar en nosotros?³⁹

Ante los continuos bombardeos que sufría la Residencia, Luis Calandre propuso la construcción de un refugio antiaéreo bajo la Colina de los Chopos, en el que los pacientes y el personal del Hospital de Carabineros de la Residencia pudiesen guare-

³⁸ Mercedes González de Linares: «El doctor Luis Calandre en el Hospital de Carabineros. Hondarribia, 1980». Texto mecanoscrito, ALC, CCC.

³⁹ «Carta de Luis Calandre a Juan Ramón Jiménez, 18 de junio de 1937», ALC, CCC.

cerse.⁴⁰ Como Cristina Calandre ha puesto de manifiesto en varios artículos, la construcción del refugio fue autorizada por Luis Fanjul y Rafael Méndez y aprobada por el propio Negrín, según consta en la documentación oficial. Se trataba de un refugio subterráneo para 200 personas, cuya construcción se inició en agosto de 1937, siguiendo el diseño del arquitecto José María Rodríguez Garrido, con un presupuesto inicial de 70.000 pesetas.⁴¹

Por indicación de Rafael Lapesa, en octubre de 1938 Tomás Navarro Tomás designó a Luis Calandre como subdelegado de la JAE en Madrid; tenía como principal encargo servir de enlace entre los organismos dependientes de la Junta en Madrid y la Comisión Delegada.⁴² Las obras del refugio antiaéreo se demoraron por las dificultades técnicas que el terreno presentaba, y en diciembre de 1938 hubo una modificación del proyecto inicial: se varió en parte su emplazamiento de tal forma que también pudiese ser aprovechado por el grupo de carabineros instalado en el Instituto Nacional de Física y Química. Construido con pie de ladrillo y cubierta abovedada, todo parece indicar que los 160 metros de galerías del refugio antiaéreo del Hospital de Carabineros de la Residencia apenas llegaron a utilizarse, debido a las dificultades que fueron retrasando la finalización de la obra.⁴³

Como sanatorio de enfermos de paludismo y heridos de guerra, recubierto con la lustrosa lozanía habitual de la Residencia y manteniendo en su interior un tenue rescaldo de su idiosincrasia y su vida cultural, Luis Calandre se esforzó durante estos años por conservar en aquel Hospital algo del espíritu de la Residencia de Estudiantes, representado ahora en su persona.

Mercedes González de Linares señalaba también como Luis Calandre «en los momentos difíciles contagiaba a todos su serenidad». De esta forma, en marzo de 1939, cuando se produjo el golpe de Casado, en uno de los días de mayor pánico en Madrid —recordaba la enfermera—, tras haber acostado ya a los enfermos, Calandre reu-

⁴⁰ En el Archivo de la Guardia Civil, el Archivo del Instituto de Carabineros y el Gefrema (Grupo de Estudios del Frente de Madrid) se conservan diversos documentos relativos a la construcción de un refugio antiaéreo bajo la Residencia de Estudiantes, como recientemente ha indicado de Cristina Calandre, a la que agradezco el acceso a la documentación de su archivo. Véase también Rafael Fraguas (2007): «Un refugio...», o. cit.

⁴¹ Cristina Calandre ha escrito sobre este refugio en (2007): «El refugio del Hospital de Carabineros de Madrid», *Frente de Madrid*, 10: 26-27.

⁴² «Declaración jurada ante el juez de Luis Calandre Ibáñez, 11 de diciembre de 1939», ALC, CCC.

⁴³ «Informe de la Dirección General de Carabineros, 4 de agosto de 1937»; «Aprobación del proyecto de construcción de un refugio contra ataques en el Hospital de Carabineros, situado en la antigua Residencia de Estudiantes de Madrid, 28 de septiembre de 1937»; «Informe N.º 695 del Teniente Coronel Daniel González, sobre la terminación de un refugio en la Comandancia de Madrid, Valencia 21 de diciembre de 1938», ALC, CCC.

nió a todo el personal en el cuarto de la dirección; «estábamos expectantes esperando nuevas órdenes o algún comentario sobre los recientes acontecimientos, pero él dijo tranquilo, dirigiéndose a mí: “¿Tienes por ahí algún libro bonito?”». Mercedes fue sonriente a por uno a su habitación del cuarto pabellón «a pesar del miedillo que sentía viendo tras los matorrales, agazapados en la oscuridad, hombres con fusiles», y a su regreso Luis Calandre les leyó, «con voz grave, reposada, acariciadora», las serranillas del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana. «Fue un momento breve pero perfecto, con esa perfección que hace las cosas, las situaciones, inolvidables».⁴⁴

Unos días después se produjo la entrada de las tropas de Franco en Madrid. La dictadura decidió suplantar la Residencia y todo el entramado científico de la JAE con lo que inicialmente fue un burdo aparato de adoctrinamiento y propaganda ideológica: el CSIC.

En España, algunos antiguos residentes encontraron acomodo en el nuevo régimen y llegaron a ocupar puestos de gran relevancia en la dictadura, aunque la mayor parte de ellos se vieron condenados al denominado exilio interior. Fuera de España, como profetizaron los versos de Luis Cernuda, algunos miembros de la singular comunidad científica y cultural que se había gestado en la Residencia de Estudiantes intentaron en el exilio proseguir su labor «aparte, como naipe cuya baraja se ha perdido».⁴⁵ Los Premios Nobel de los antiguos residentes Juan Ramón Jiménez y Severo Ochoa en los años cincuenta evidenciaron el cruel y absurdo despilfarro de uno de los caudales más ricos de nuestra historia, en cuya pérdida se encuentran aún muchas de las causas del atraso del medio científico y cultural español.

Álvaro Ribagorda*

⁴⁴ Mercedes González de Linares: «El doctor Luis Calandre en el Hospital de Carabineros. Hondarribia, 1980», Texto mecanoscrito, ALC, CCC.

⁴⁵ Véase Álvaro Ribagorda (2009): «Los frutos perdidos...», o. cit.

* Dirección para correspondencia: a_ribagorda@hotmail.com